

FABULA CXLIX.

LA PRIMERA VID;

idea tomada de una leyenda árabe.

— —

Cuando Jove plantó la Vid lozana,
Quiso ante todo que ostentara alegre
Su vestimenta en pámpanos galana;
Y su idea feliz llevando á cabo,
Con pura sangre la regó de un Pavo,
Pomposo en cola, mas de cholla vana.

Viendo aquello un Monillo, con mal tono
De Jove se rió; y el Dios airado
Matóle al punto de la Cepa al lado,
Y con la sangre la regó del Mono.

Vió el Leon en tal hecho tristemente
Una accion que de Númen tan clemente
Parecióle no digna, y reprendióla;
Y Jove entonces, de furor ya rojo,
Junto á la Vid le acogotó en su enojo,
Y en régia sangre del Leon rególa.

— «Bravísimo! Señor! dijo el Marrano:
Esa sí que es accion de Soberano
Que sabe en todo obrar con buen acuerdo.»

— «Te burlas? exclamó Jove divino:
Pues muere ante esa Vid! muere, Cochino!» —
Y con la sangre la regó del Cerdo.

*Desde entonces acá, todo el que bebe
Ya sea Valdepeñas, ya Garnacha,
Ya cualquier otro vino, se emborracha,
Si apura el trago que apurar no debe.
Cuatro grados entonces ¡suerte fiera!
Tiene su borrachera:
En el primero, se enrojece un poco,
Ni más ni menos que del Pavo el moco;
En el segundo, canta y habla á solas,
Haciendo como el Mono cabriolas;
En el tercero, asusta á todo el mundo,
Como Leon rugiendo furibundo;
Y en el último... ¡pof! se tumba... es llano:
A dormir y roncar como un Marrano.*

FABULA CL.

EL VERSO Y LA PROSA:

*refutación de la doctrina contraria al metro, contenida en el Curso
FAMILIAR DE LITERATURA del célebre LAMARTINE.*

Á MI QUERIDO AMIGO

D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

*Tú, que con pluma enérgica y briosa
Escribes bien en verso y bien en prosa,
Y brioso y robusto,
Y dotado de crítica y Buen Gusto,
Vés lo mismo el anverso que el reverso
De la prosa y del verso:
Tú, ROSA, caro amigo,
Que indulgente conmigo
Mostrarte siempre sabes;
Más no con mis escritos, cuando en ellos
Faltas véis solamente y faltas graves:
Dime, dándome un sí redondo y claro,
O bien un nó completo,*

*Si mi razon se sale ó nó de quicio
En la cuestion que á tu excelente juicio
En la siguiente Fábula someto.*

La escena del Apólogo presente
Es el Monte Helicon. En él sentado,
Bello el Delfico Dios alza inspirado
Radiante en Genio la sublime frente.
La Lira omnipotente
Con que las fieras doma,
En sus manos se vé: blanda sonrisa
A sus labios asoma:
Su aliento es perfumado cual la brisa,
Cuando las flores ondulante pisa
Y al nardo y al clavel hurta su aroma.

El éxtasis sagrado
Contemplando del Dios énagenado,
Ni una sola se atreve
De las Hermanas nueve
A perturbarle en él, cuando de pronto
Un como ruido de altercado y lucha
A lo lejos se escucha,
Parecido á Huracan que agita al Ponto.
Sobrecojidas ellas
Ante el rumor que por instantes crece,

Dicen todas: «¿qué es esto?» y en las bellas
Sienes de Apolo el lauro se estremece,
Y disipado el inmortal beleño
De su celeste sueño,
El arrobo del Dios desaparece.

— «¿Quién alterca? ¿quién llama
De mi Templo á la puerta?» el Dios exclama
Con voz humana ya, más que divina:
Y entra un Joven de gracia peregrina,
Y en su pós una bella altiva Dama.
Mútua aversion inflama
Por lo visto á los dos, y á algunos miles
De partidarios que con ellos vienen,
Y el Cielo conturbando en su querella,
Ni aun ante Apolo de reñir se abstienen,
Parte de ellos por él, parte por ella.

— «Silencio! grita el Dios, y hable esa Bella,
A quien apenas osa,
Con mengua ya del varonil denuedo,
Ese Joven mirar de puro miedo.
¿Quién sois?»

EL JOVEN.

Yo soy, el VERSO.

LA DAMA

Yo la PROSA.

APOLO.

No en vano, cuando juntos
A la puerta del Cielo habeis llamado,
Toda mi ardiente inspiracion se ha helado.
¿Y qué quereis de mí?

EL VERSO.

Justicia pido.

LA PROSA.

Y yo tambien.

APOLO.

Hablad.

EL VERSO.

Esa Doncella

Con sus últimos triunfos se ha engreido,
Y cruda guerra sin cesar me mueve,
Y el cetro de lo grande y de lo bello
A usurparme se atreve.

LA PROSA.

Yo no lo usurpo. El Siglo Diez y Nueve
Os destrona, no yo; pensad en ello.

APOLO.

¿El Siglo?

LA PROSA.

LAMARTINE, el gran Poeta,
Lo acaba de decir: *rima ajustada,*
Cadencia acompasada,
Hemistiquios, cesura... ¿quién sujeta
De la Emocion los raptos desiguales
A simétrica ley, á trabas tales?

EL VERSO.

El Corazon, de la Emocion asiento,
Ritmo tiene tambien acompasado,
Ora lata apacible, ora violento,
Y el Mar cadencias, y armonía el Viento,
Desde el Favonio al Euro arrebatado:
¿No es tambien LAMARTINE el que eso dice?

LA PROSA.

Mas no se contradice,
Aunque lo diga así. Medida justa
Es lo que en vos á la Razon disgusta,
Por no haberla del modo más remoto
Ni en el Mar, ni en el Euro, ni en el Noto,
Ni en el manso raudal que baña el prado,
Ni menos en el *órgano rimado,*
Como ese Autor al Corazon le llama.

EL VERSO.

¿Y quién ha dicho á quien así me infama
Que yo al Génio encadeno y al Buen Gusto,
Cuando á la ley del Metro los ajusto?
¿No es vário mi compás? ¿No me doblego
Del Entusiasmo á los trasportes todos,
Cuando á su santa inspiracion me entrego?

LA PROSA.

Yo puedo el habla, sin auxilios tales,
Engalanar y enaltecer con gloria

EL VERSO.

Yo, en condiciones de primor iguales,
Puedo grabarla más en la memoria.

LA PROSA.

Un paso el Mundo de gigante ha dado
En este siglo *de vapor* llamado;
Y el Metro es para gentes mas sencillas,
Es decir, para el vulgo que cantaba
Cuando la Humanidad iba en mantillas (1).

EL VERSO.

¿*En mantillas* el Mundo, cuando fiero,

(1) Expresion del insigne escritor citado.

Tras un SESÓSTRIS, abortó un HOMERO?

LA PROSA.

Ese *fiero* es un rípio.

VARIOS DE LOS RECIENVENIDOS.

¡Bien, hermosa!

OTROS DE ENTRE LOS MISMOS.

¡Muera el Verso!

OTROS.

¡No tal! ¡Muera la Prosa!

APOLO.

¿Qué es aquesto? ¿Con gritos sediciosos
Volveis el Cielo á alborotar, facciosos?
Rípio en verdad inexcusable ha sido
El *fiero* por el Verso proferido;
Mas bien mirado todo, ¿no le abona
Solo el saber que cuando á hablar se atreve,
Ni la falta mas leve,
Ni el descuido menor se le perdona?

LA PROSA.

¿Es decir, que del triunfo la corona
Al Verso discernís en tal porfia?
Otro fallo esperé del sábio Apolo.

APOLO.

¿Y porqué? El lauro es suyo; pero solo
Cuando, ademas de *Verso*, es POESIA.

LA PROSA.

Pues bien prosáico á fé me ha contestado
En cuanto acaba de decir.

APOLO.

¿Qué mucho,
Si aun yo propio me siento acatarrado,
Y eso que soy el Estro, el fuego mismo,
Desde que á entrambos discutir escucho
Y de la duda hundir en el abismo
Cosas que en duda el Corazon no tiene?
Musas, dadme del agua de Hipocrene,
Con néctar preparada,
Una copa colmada;
Y alzad conmigo el fervoroso canto
Que el mismo LAMARTINE alzar solia,
Cuando, mejor filósofo que ahora,
A vosotras y á mí con su sonora,
Con su inspirada voz nos conmovía.
Hoy el ingrato en su Razon resuelve
Lo que sondar á la Razon no es dado,

Y las espaldas con desden nos vuelve;
Mas vosotras sabéis que tal capricho
Tiene su nombre en tiempos de debate,
Y que no hay disparate
Que un filósofo al fin no lo haya dicho.»

El Autor.

A estas palabras que su labio hermoso
Con aspereza hieren,
Otras suceden de inefable encanto;
Palabras ay! que con su rudo canto
En vano remedar mis labios quieren.
De los que nunca mueren
Liba el licor; y de su Lira de oro
Una cuerda primera en blando giro
Brotar hace el suspiro
Que enamorado pecho al aire envía,
Y otra, no la postrera, allá en el seno
De la apretada nube engendra el trueno,
Rico, aun más que en terror, en armonía.
La hermosa POESIA
Con su triunfo sonrie: en torno de ella,
Con agitada ó con remisa huella,
Segun lo piden la ocasion y el turno,

Las Musas danzan á compás: Saturno
El reloj con que mide los instantes
En sus manos abarca;
Y en tanto que del Dios la voz resuena,
Con sus granos de arena
Al divino Laúd sus tiempos marca.

FIN DEL LIBRO SEXTO Y DE LAS FÁBULAS.